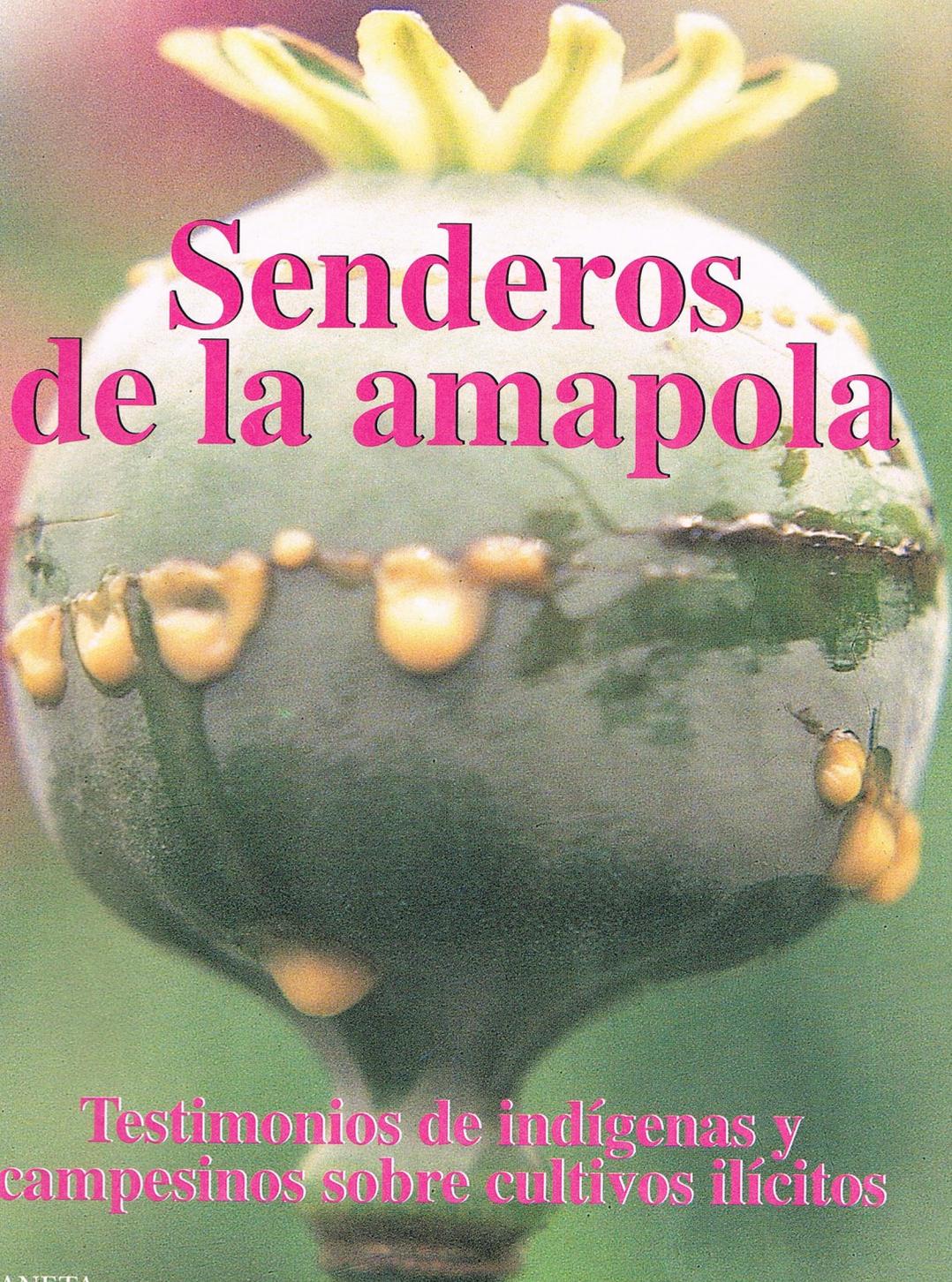


temas de hoy.

Mady Samper



Senderos de la amapola

Testimonios de indígenas y
campesinos sobre cultivos ilícitos

PLANETA

«Así me cueste la vida, yo sigo sembrando la amapola para que mis hijos no aguanten hambre.»

«¿Por qué a la gente le toca cultivar la amapola? Porque la agricultura no vale nada.»

«La amapola es lo que está acabando con nosotros y no estamos dispuestos a acabarnos como comunidad por culpa de una mata.»

«Nosotras no nos estamos organizando para formar grupos guerrilleros, sino para trabajar y desarrollar económica y estructuralmente un proyecto de artesanías para acabar con los cultivos ilícitos.»

En este libro, indígenas y campesinos del Tolima y del Cauca cuentan cómo los cultivos ilícitos transformaron radicalmente sus vidas y la de su comunidad. Sus historias hablan de la ilusión de prosperidad que les produjo la flor, de la violencia y la descomposición social surgidas a raíz de la bonanza en el comercio del látex, de los daños ambientales y los problemas de salud causados por las fumigaciones. La amapola, más que una panacea, se convirtió en una pesadilla.

Conscientes de que la «flor maldita» sólo produjo violencia y destrucción, ellos están apoyando hoy día los programas de sustitución de cultivos. Estas comunidades del sur del país luchan por encontrar alternativas de trabajo y formas de vida más dignas. Pero la solución de los cultivos ilícitos no es fácil, especialmente en regiones donde la guerrilla, los paramilitares y el ejército se disputan el control.

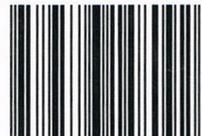
Mady Samper. Bogotá, 1953. Fotógrafa, reportera gráfica, productora y directora de cine. Ha realizado trabajos de cine publicitario y películas de ficción, entre ellas una serie hecha en Cuba sobre la vida de Hemingway. También fue editora de quince documentales de la serie Yuruparí. Su película *Esperanza* forma parte del archivo filmico del Museo de Arte Moderno de Nueva York. Ha ganado premios en diversos festivales de cine y ha sido invitada por universidades de Estados Unidos y México para dar conferencias y proyectar su trabajo cinematográfico.



PLANETA

temas de hoy.

ISBN 958-614-809-2



9 789586 148092 >

INTRODUCCIÓN	13
CAPÍTULO UNO: LA LLEGADA DE LA AMAPOLA	15
CAPÍTULO DOS: SAN JOSÉ DE LAS HERMOSAS	37
CAPÍTULO TRES: LA ILUSIÓN DE LA AMAPOLA	51
CAPÍTULO CUATRO: COLEGIO AGRÍCOLA GRANJA HERMOSA	63
CAPÍTULO CINCO: LA MISIÓN	71
CAPÍTULO SEIS: RESGUARDO YANAONA	81
CAPÍTULO SIETE: LAS VEREDAS DE LOS YANAONAS	91
CAPÍTULO OCHO: RESGUARDO DE GUAMBIA	95
CAPÍTULO NUEVE: RESGUARDO DE PITAYÓ	99
CAPÍTULO DIEZ: LOS COMUNEROS	109
CAPÍTULO ONCE: LA TOMA DEL CABILDO	115
CAPÍTULO DOCE: EL FUTURO	125

Este libro es el resultado de una investigación que realicé en julio de 1998 para la película *Rostros humanos tras los bosques de niebla*, evocado en un coloquio colectivo que respeta el habla natural. Los protagonistas del libro son los mismos del documental: líderes e integrantes de las diferentes comunidades del Cañón de las Hermosas, miembros de la Asociación de Productores de Frutas, Aprofrut, profesores y alumnos de la Granja Integral Comunal y campesinos de Chaparral, Tolima. En el departamento del Cauca entrevistamos a líderes indígenas de los pueblos paeces, guambianos y yanaconas en el Macizo Colombiano. Todos ellos dejan ver la «otra realidad» de los grupos humanos que habitan en las zonas de producción de la amapola. ¿Qué piensan los protagonistas del conflicto, a diario enfrentados al Ejército, la guerrilla, los paramilitares y demás focos de violencia? Se vislumbra una realidad: no son narcotraficantes, son comunidades que luchan diariamente contra un delito que para ellas tiene justificación mientras piden ayuda para subsistir.

Este testimonio desgarrador muestra una economía falseada, la pérdida de valores, los símbolos de esa riqueza ficticia, el empobrecimiento y la explotación de una población heterogénea. Las entrevistas dan a conocer el otro lado de la historia, el liderazgo de indígenas y campesinos en su lucha por erradicar el cultivo de la amapola. Vemos el trabajo comunitario de una líder comunal con las mujeres de la Corporación Mama Wala, la organización de la Asociación de Productores de Frutas, Aprofrut, la audacia de los profesores y alumnos de la Granja Integral Comunal y la valentía de las organizaciones indígenas del Cauca. Todos estos colombianos continúan su lucha por erradicar la producción de

amapola, a pesar de las amenazas de muerte que han recibido. Ellos han trabajado durante años al lado de los funcionarios del Plan de Desarrollo Alternativo y del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo. Damos a conocer el valeroso programa de sustitución de cultivos con las experiencias vividas por los funcionarios del Plante, quienes también exponen sus vidas en las zonas rojas, convertidos en una especie de misioneros que pregonan su mensaje para acabar con la producción de amapola y brindan asistencia técnica a los campesinos del país. El resultado final: comunidades ilusionadas con sus proyectos productivos que hoy día son ejemplo para el país, tales como la Estación Piscícola Quintero, la Empresa de Tejidos de la Corporación Mama Wala de la comunidad indígena páez en el departamento del Cauca y la Asociación de Productores de Frutas, Aprofut, en el Tolima. En esta recopilación de experiencias vemos el tesón del pueblo colombiano por tratar de salir adelante en busca de una vida y un futuro dignos para su familia. ¿Cuál alternativa ofrece el Gobierno? ¿Ayuda, vías de acceso en regiones olvidadas por el Estado, proyectos productivos, reforma agraria? ¿O, por el contrario, medidas coercitivas, batallón antinarcóticos y helicópteros Black Hawk UH-60? De la respuesta depende el futuro de miles de personas.

Mady Samper

Bogotá, noviembre de 1999

Conoció esta zona
año 1991, porque per
su finca en el Cañón
primera persona que
ta de la amapola hac
la iba a ser muy gr
cultivaban y de ahí sa
nes de amapola pom
un paisano mío, el m
que yo le pagara a un
ta de la Cámara de R
do por el Banco Cafi
Cañón, también lleg
ban monte y se metía
comercial desde 1991
tenía las fincas enba
amapola y yo le doy a

Ahí empezó a am
primeros que llegara
mica, cuando comen
te con diez, quince
hectáreas de amapol
y a muchos les fue bi

LA LLEGADA DE LA AMAPOLA

*En 1990 se creó la cultura de la amapola, la gente tenía sus fincas embargadas, llega el tipo del carriel y dice:
«¡Siembre amapola y yo le doy al banco lo que debe!»*

EL AMIGO

Conocí esta zona, la parte alta de San José de las Herosas, en el año 1991, porque pensaba trabajar en ganadería. Unos amigos tenían su finca en el Cañón, pero en el lado del Valle. Yo pensé que era la primera persona que venía a cultivar amapola, estaba esperando la vaina de la amapola hacía 18 años, me daba cuenta de que lo de la amapola iba a ser muy grande. Sabíamos que en los países orientales la cultivaban y de ahí sacaban la heroína. En la finca hay varios cultivadores de amapola porque cuando llegué aquí la tierra la había comprado un paisano mío, él no pudo pagarla, entonces me cedió el negocio para que yo le pagara a un parlamentario, el presidente de la Comisión Cuarta de la Cámara de Representantes. Ese señor también estaba embargado por el Banco Cafetero. Cuando llegué a trabajar con la amapola al Cañón, también llegaron gentes de todas partes de Colombia, tumbaban monte y se metían a trabajar, a la brava. La amapola comienza a ser comercial desde 1990. Ese año se creó la cultura de la amapola, la gente tenía las fincas embargadas. Llega el tipo del carriel y dice: «¡Siembre amapola y yo le doy al banco lo que debe!»

Ahí empezó a arraigarse fuertemente la amapola en el Cañón. Los primeros que llegaron fueron los desempleados de la apertura económica; cuando comenzaron a privatizar las empresas liquidaban a la gente con diez, quince millones de pesos. Entonces sembraban tres o cinco hectáreas de amapola y duplicaban la plata. Esto hizo cantidad de gente y a muchos les fue bien. Otros perdieron todo lo que traían.

Cuando el café bajó de precio, pagaban \$50.000 o \$70.000 la carga; no daba ni para cogerlo. En 1993 los cafeteros subieron entonces a la parte alta a cultivar amapola. Los que empezaban a cultivarla se apoyaban en los que tenían experiencia. En 1995, cuando el café subió de \$120.000 a \$150.000 la carga, volvieron otra vez a sus fincas cafeteras, a organizarlas y volverlas a trabajar.

Había gente con deudas con el Banco Cafetero y la Caja Agraria. Decían: «Hermano, estoy en el desespero más grande, pues me van a embargar la finquita por tres millones.» Y llegaba un tipo con saco azul y le decía: «Yo le voy a dar los tres millones pero vaya y siembre dos o tres hectáreas de amapola en su finca.» Entonces estos cafeteros, la mayoría por fuerza mayor, decidieron trabajar en los cultivos ilícitos.

La amapola se daba silvestre en mi tierra pero nadie sabía trabajar los químicos. Cuando sembré el primer cultivo fue cuando Gaviria ordenó la fumigación en 1991. Yo perdí dos cultivos, creí que iba a quedar en la ruina; el tercer cultivo sí lo logré. Con esa plata estabilicé económicamente a mi familia. Les ayudé a mis hermanos a comprar una finca. A mi cuñado le di finca. Organicé a mi familia con esa circunstancia. La otra gente dilapidaba el dinero. A mí no me hizo daño esa plata de la amapola porque tuve oportunidad de ver harta en otras partes donde me mantenía. Es que la cultura de la amapola es la misma cultura del minero: lo que consigue esta semana se lo gasta el sábado y domingo siguientes.

A raíz del apogeo de la amapola, cuando me veían en el Valle en buena posición económica, la gente me decía que por favor la trajera. Querían trabajar en la amapola y por eso hay muchos vallecaucanos en el Cañón. Yo los traje en 1992.

La amapola está en extinción en esta región porque la gente está viendo que no le da para vivir, que causa problemas. Aquí abajo hay personas que tienen cultivos pequeños, viene la avioneta y les fumiga el tajo de amapola. Se pierde lo que han cosechado en el mes: el maíz, el fríjol, etc. Eso es triste porque la gente se queda sin comida. La amapola está desapareciendo y no es rentable. En las épocas de bonanza de la flor se vendía el kilo a \$500.000. Se pagaba \$4.500 por un día de trabajo, incluyendo la limpieza y el abono del lote. Hoy en día, a un trabajador de la amapola le dan \$8.000 o \$9.000 más \$4.500 por la alimentación. Se sube casi a \$14.000 el jornal. El kilo de la mancha sigue valiendo lo mismo, \$500.000. Además, debe invertir en fungicidas

para controlar las pestes. Yo creo que el precio de la amapola tiende a mantenerse y de pronto a bajar.

Para cultivar el lote de amapola se busca el bosque de niebla donde crece el monte nativo, tierras vírgenes que son las mejores y la amapola se da muy bien, pero sólo la primera cosecha. Para las siguientes la tierra ya está cansada y necesita fertilizantes.

Después del Fenómeno del Niño las plantas de amapola del Cañón tienen muchas enfermedades y cada día es más difícil cultivarlas. Por esta razón el cultivador artesanal se va enmontando cada vez más arriba de la cordillera, tumbando monte para no tener que invertir en tantos insumos. Ya el cultivo en el verano hizo que aumentaran las plagas. Hoy día, cuando el clima es tan raro, hay que fumigar siete veces un cultivo y eso es muy costoso, tanto la mano de obra como los fungicidas. Al campesino no le alcanza lo que produce la amapola para fumigar un cultivo.

Hasta aquí llegan los que comercian la amapola y le dicen a uno: «Le compro tantos kilos de mancha.» La palabra látex casi no se usa. O le pueden decir a uno: «Le compro tantos kilos de látex o se los compro en M.» «M» es el látex procesado y volteado a la morfina. Aquí muy poca gente tiene la experiencia de lo que es la morfina. No conocen la palabra morfina, la palabra científica. A la heroína le decimos «H». La gente dice: «Tengo un kilo de 'M', tengo un kilo de 'H'.» En la zona se procesa el látex volteando el material a «M» o «H». Al comerciante no le interesa que lo haga el cultivador; quiere hacerlo él mismo. Aquí en la región no van a permitir el proceso porque esa es la plata de los que comercian con la mancha.

Sería importante que el Gobierno hiciera una campaña para concientizar a la gente a fin de que no cultive amapola, para explicarle qué es la heroína y cuál es el daño que causa. A uno le han inculcado un pensamiento que dice que los gringos son el enemigo número uno de Colombia y de Latinoamérica. Dicen que en Colombia se produce la morfina y la heroína para llevársela a los gringos, para que ellos se la inyecten. Con eso se mata mucho gringo. Es un concepto que mucha gente maneja. Yo no lo creo así. De pronto no va a ser fácil sacarle esa idea de la cabeza a la gente. Tal vez para muchos es la forma de justificar esos cultivos, el que se está matando a muchos gringos. Aquí en Colombia no hay gente para la heroína. La gente no mete esa droga tan dura,

o muy pocos lo hacen. A pesar de la violencia que vivimos, los colombianos no hemos llegado a ese vicio tan extremo.

Los sitios donde más se cultiva la mancha y donde se vende caro son Tolima y Huila. En el Cauca un poco. Hoy día Boyacá y Nariño están llenos de amapola y la costa Atlántica está produciendo cantidades, al igual que los Llanos Orientales, por la parte del Caquetá. Yo creo que los cultivos de amapola, por razones económicas, van a seguir creciendo a escala nacional, porque el país es muy grande para estarlo fumigando permanentemente. En 1998 el Gobierno fumigó cultivos de amapola en tres departamentos: Cauca, Huila y Tolima.

La gente llega a las zonas amapoleras pues es una cultura creada; la agricultura, en cambio, no da nada. El pueblo no se va a echar azadón, mientras la amapola siga dando ese dinero. Se supone que bolear azadón en amapola es más rentable. Ya la gente se enseñó a esa vida y es difícil cambiarle esa mentalidad; además, si no hay más alternativas no se van a dejar morir de hambre. La gente cree que la amapola puede traerle una buena bonanza, más tarde en el año, y todo el mundo está esperando eso. Ellos dicen: «De pronto me logro una buena cosecha, de pronto un buen precio.» Es a lo que todo el mundo aspira.

Ojalá que la amapola se acabe y que el Gobierno aporte un granito de arena, dando al campo vías de comunicación y otras alternativas. El Plante es una alternativa en una zona como ésta, pues hay suelos de excelente calidad para cultivar. Necesitamos apoyo estatal, una reforma agraria que le entregue tierras al campesino.

Nadie puede sacar sus productos por el problema del transporte, el flete del carro es muy costoso. Una carga de papa le vale \$50.000 más \$16.000 en fletes (\$10.000 a Chaparral y \$6.000 de ahí a San José). Los cultivos no dan. Necesitamos que el Gobierno se acuerde de esto y haga vías de comunicación y programas de mercadeo bien cimentados para que se acabe la amapola.

Todos piensan como pienso yo. La amapola tiene que acabarse porque no tiene futuro. No es un cultivo de futuro. Se ha visto una situación económica grave, que era lo que se esperaba, porque cayó la amapola, los precios cayeron y ya lo que produce hoy día no da para vivir. Porque con la flor estábamos enseñados a gastar bastante. La amapola está en etapa de extinción en esta región del Cañón de las Hermosas.

Durante el apogeo de la amapola los cambucheros invadieron mi finca a la brava. Cuando pensamos sacarlos, ellos se apoyaron en la guerrilla, entonces la guerrilla me llamó la atención y me dijo: «¿Qué va a hacer esa gente? ¿Adónde va a trabajar?» Porque ellos trabajan la tierra y la sienten como suya. En este momento ya salí de algunos cambucheros y quedan unos veintitrés más o menos con cambuches y familias.

Yo hubiera querido que me dejaran mis tierras libres, que todos se hubieran ido de la región. Porque este es el único patrimonio que tengo y si cultivan amapola me van a perjudicar; lo que sucede es que no tengo la forma de darles un dinero para que se vayan. Mientras la amapola exista no puedo sacarlos. Si de pronto se organiza un programa del Incora para entregarles terrenos en otras zonas del país, automáticamente saldrían para siempre. O tal vez cuando se realice un programa que tenemos con ellos, que es la parcelación de tierras con el Plante; este proyecto es el único futuro para esa gente tan pobre. «Los pasajeros» son los que llegaron de otras regiones a cultivar la amapola al Cañón. A unos les ha ido muy bien; generalmente ellos no tienen familia, no tienen obligaciones y no están interesados en la parcela. Con ellos no tengo problemas.

En todo este proceso de la producción de cultivos ilícitos me di cuenta de que si yo quería ganar más debía meterme en la comercialización de la amapola. Pero vi que no podía jalarle. Incluso, ahí fue cuando me retiré del negocio del todo. Fue en el año 1996. Recuerdo que perdí una plata para mí bien grande, con base en el negocio del comercio de la mancha. Después de mucho pensar lo decidí. Esto no es para mí, es muy difícil y peligroso. Todo sucedió por un mal contacto y perdí todo lo que había trabajado con mucho esfuerzo. Yo tenía más espíritu campesino y ese negocio era en la ciudad. Me amañaba más en la finca y como tenía buenos terrenos debía aprovecharlos mejor.

El comercio de la amapola le sirve al que trafica con droga, al que no le importa nada. Roba al prójimo. Si llega a ser un capo es porque tal vez le fiaron una mercancía por 200 millones de pesos. Él, para no pagar, manda matar a los que le han fiado y así es como sobresale; al que no le paga también lo manda matar. Uno de los peligros de cultivar la mancha es que de pronto le roban a uno el látex. Ha ocurrido que a muchos se lo sacan de debajo de la cama mientras duermen. Imagínese, después de trabajar tantos meses, de soportar las inclemencias del

tiempo, de correr riesgos, y al final perderlo todo. Pero lo más grave es la represión por parte de la Policía Antinarcoóticos; si llegan, todos nos vamos para la cárcel y si uno corre le pegan un tiro. El batallón no ha entrado todavía al Cañón de las Hermosas. Espero que no lo haga.

Ojalá que la amapola se acabe, primero, porque la imagen del país cambiaría internacionalmente; segundo, porque volveríamos a lo que éramos antes, gente humilde, gente que ganaba poca plata y asimismo gastaba poco. Pero el Gobierno debe aportar un granito de arena, dándole al campo sistemas de vías más amables. La amapola para mí es mala porque, desde todo punto de vista, genera violencia.

La amapola ya no es rentable, no nos alcanza lo que conseguimos para vivir. La única alternativa en una zona como ésta es incentivar proyectos productivos de frutas, verduras y tener asistencia técnica. Que construyan vías de comunicación porque tenemos unos suelos de excelente calidad para cultivar. Creo que esta zona es de lo mejor en tierras que hay en el Tolima. Se debe realizar una reforma agraria para que estos amapoleros puedan tener un pedazo de tierra y vivir de cultivos tradicionales como la papa, el fríjol, el ajo. Cultivos muy buenos.

Es bueno tener una calidad de vida, si se es una persona organizada. Por ejemplo, en el Valle, una región donde no hay cultivos ilícitos, ya la gente vive muy bien, porque los cultivos que se tienen allí son de fácil comercio, hay buenas vías de comunicación y los costos de fletes no son tan caros. El comercio de la agricultura tiene un excelente mercado. Aquí en el Tolima ese es el gran problema: no hay mercados por la falta de vías de comunicación.

Otra cosa es el problema con los créditos. Nosotros vemos muy grave el sistema de créditos para el campesino. Si un campesino saca un crédito para la ganadería, al 35% o al 38%, eso lo acaba económicamente. Antes de cultivar los ilícitos, al campesino le gustaba comprar ganado, sembrar papa, fríjol. Tenía la Caja Agraria como soporte, ahora no puede porque los créditos son sumamente caros y en vez de servirle al campesino le quitan lo que no tiene. El Gobierno colombiano debe subsidiar, como Venezuela, la agricultura. Dar incentivos para el campo con créditos más baratos y buenas vías de penetración. Esa es la solución para los cultivos ilícitos.

Debido a que la recesión económica ha sido muy fuerte en la región, estamos pasando en este momento muchas necesidades ya que

aquí el campo no se puede trabajar, lo único que queda para comer es la amapola. Ahora tenemos que empezar a cambiar y de paso que el Estado nos colabore. En este momento estamos pidiéndole al Gobierno que haya una verdadera reforma agraria para todas las personas que han trabajado con la amapola, sobre todo para los más pobres, los cambucheros de la región. Parcelar las partes bajas del Cañón protegiendo las zonas de bosque nativo. Darle tierras a la gente. Lo único que quieren es un sitio para trabajar.

Esta tierra del Cañón la miran como propia pues llevan siete años trabajándola. Sería terrible para nosotros que nos obligaran a salir del Tolima. Aunque somos del Valle, esta tierra es ya parte de uno, nuestros hijos han nacido y se han criado acá. Un desplazamiento de cientos de amapoleros, como los tantos que hay hoy en día, crearía un problema social aún más grave. No queremos engrosar esa fila de desplazados cuando en realidad hemos abierto fronteras, abierto caminos en regiones inhóspitas, invertido trabajo en la zona. Queremos que nos reconozcan como un grupo social organizado, que nos den garantías.

Pensamos que hay que acabar con la amapola por varias razones. En un momento dado genera divisas, entradas económicas, pero también produce violencia. Sabemos que tenemos que terminar con la amapola. La amapola no tiene futuro. Cuando llegan las fumigaciones la gente queda aguantando hambre, las familias quedan desahuciadas. Se crea un problema social muy grande, porque no tenemos cómo sostener a esa gente en las épocas de fumigación. Ya estamos decididos a erradicar ese cultivo. Para nosotros la amapola no es un delito. La vemos como un problema social porque ahí estamos nosotros únicamente por un problema de desempleo, porque no tenemos qué hacer ni dónde trabajar.

Hoy en día si el Gobierno quisiera mejorar su imagen, lo primero que debería hacer sería erradicar los cultivos ilícitos, con una campaña social, no con una política de represión y agresión contra los campesinos, pues esto traería más violencia y más problemas. Si el Gobierno piensa hacer inversión social en estas zonas para erradicar la amapola no debe regalarnos nada, porque nos volvería limosneros. Que invierta en carreteras, en mercados justos donde el campesino pueda vender sus productos directamente al consumidor, sin intermediarios. Que haya una reforma agraria para todos los cambucheros que son muchos y viven en la pobreza absoluta. En Colombia miles o millones de personas

viven en situaciones infrahumanas. En esta zona debe haber más de quinientos cambucheros, y hay que darles un pedazo de tierra para que puedan trabajar. No solamente en esta zona del Tolima sino a escala nacional, porque el problema es general. Usted va a cualquier región de Colombia y encuentra coca y amapola, pues el desempleo es muy grande en el país.

Para lo único que han servido la amapola y la coca es para impedir que muchos jóvenes ingresen en las filas de la delincuencia común. Se van a trabajar en la amapola en vez de matar, secuestrar, robar. Así por lo menos tienen cómo sostener a la familia. Estos cultivos ilícitos también impiden que la gente, al ganar siete, ocho millones de pesos, entren a las filas de la subversión, de los diferentes grupos armados que existen en Colombia, sean de derecha o de izquierda. La amapola no es beneficio, nosotros sabemos que estamos envenenando al mundo que es muy grande; todos somos hermanos y esta vaina no es grata para los que la cultivamos.

Para acabar con la amapola primero tiene que haber inversión social, tienen que mejorar las condiciones de vida del campesino. Si acaban los cultivos con medios coercitivos, muchos campesinos tomarán medidas violentas, inadecuadas. Si continúan propagándose los cultivos de amapola, la destrucción del campo será desastrosa. Somos conscientes de que estamos acabando con la zona de páramos que es la que suministra el agua al resto del país. Aquí nacen las fuentes de agua. La amapola causa tala de bosques nativos y si no se hace algo pronto Colombia será un desierto. El bosque y las aguas hay que cuidarlos pero para eso hay que terminar con la amapola.

Yo quiero perderle a todo el mundo que pongamos los pies sobre la tierra y miremos las cosas como son. Que todos los colombianos veamos que la amapola hay que acabarla, también la coca, y así contribuir a lo que todos anhelamos: la paz nacional. Queremos algo que sirva de ejemplo para nuestros hijos, queremos ayudar a cambiar la imagen de Colombia desde estas montañas. Nosotros también somos colombianos y sabemos que al erradicar los cultivos ilícitos estamos ayudando a mejorar la imagen internacional. Desde estas montañas lanzamos un grito para que las Naciones Unidas, el mundo entero, nos aporten ayuda económica. Que no nos miren como delincuentes pues somos personas que no tenemos otra alternativa de vida.